



CINEMA Paradiso (Giuseppe Tornatore, Francia-Italia 1989)

La película narra la historia de un niño de un pequeño pueblecito italiano en el que el único pasatiempo es disfrutar de las películas del Cine Paradiso. Encantado por las oscilantes imágenes, Salvatore deseaba con todas sus fuerzas que el cine fuese en realidad magia. Un día, Alfredo, el operador de cine, accede a enseñar al pequeño los misterios que se ocultan en una película. Todos los niños de la pequeña villa van creciendo, sin perder nunca su amor por el cine, pero llega el momento en el que Salvatore debe dejar el pueblo y comenzar a buscar sus sueños. Y así ocurre durante treinta años hasta que un día un mensaje le comunica que debe volver a casa donde un secreto le espera.

LA SOLEDAD DEL EMPRENDEDOR

Esta es la historia de un camino que se emprende con la conciencia cierta de que no existe el retorno. Y esta idea –la de la imposibilidad del retorno- está presente en la profundidad del tono de Alfredo cuando le dice al joven Totó: “Solo quiero oír hablar de ti.” “No regreses.” “No pienses en nosotros.”

¿Qué empuja a Alfredo a alejar a Totó de Giancaldo, de su familia, de sus amigos, de la seguridad del entorno que le ha visto crecer? Suponemos que es la fe ciega en que Totó puede llegar a ser alguien grande en un lugar donde haya más oportunidades. Él sabe que es un chico inquieto, con muchas capacidades para desarrollar y piensa que lejos del pueblo encontrará satisfacciones que aquí le serán vedadas. Quizás lo envía a buscar las oportunidades y el triunfo que él soñó para sí pero nunca tuvo el valor de emprender...

En cualquier caso, Alfredo tuvo razón, pues Totó se convierte en Salvatore, en el señor Salvatore, alguien importante en la industria del cine. Totó consigue un nombre, y consigue un reconocimiento y lo que esto conlleva a nivel material. Pero con su partida, Totó también se encuentra con una especie de destierro del alma, con una soledad de la que no se desprende a lo largo de tantos años.

“La soledad del emprendedor.” “La soledad del líder.” “La fama trae la soledad.” ¿Por qué han de ser ciertas estas afirmaciones tan habituales?

¿Por qué un ejecutivo se siente solo cuando deja el equipo para convertirse en el líder del mismo? Cuando alguien abandona su puesto en la comodidad del colectivo y da un paso adelante para pasar a ser un líder, un referente, ¿por qué le acaba embargando un sentimiento de lejanía de los demás, de recibir la incomprensión de los que hasta ahora eran sus compañeros?

Es un proceso curioso, pues se produce simultáneamente a dos bandas: es una lejanía promovida tanto por los que se quedan, que automáticamente pasan a mirar con recelo al que se desmarca; como por el que se va, que rápidamente se ubica en su nuevo lugar en el mapa y coloca entre él y su pasado enormes dosis de nostalgia que actúan como protección, quién sabe si para evitar el deseo del retorno.

Y sabemos que el retorno nunca es posible, incluso en el caso de que no se triunfe en el empeño que nos ha alejado del grupo, de lo que durante un tiempo fue nuestra seguridad.

Quizás, como emprendedores, deberíamos practicar la habilidad de vivir en la dualidad: irnos a la ciudad pero dejar un pie en el pueblo; tratar de dirigir, pero no olvidar qué se siente cuando se es miembro del equipo. Todo ello nos dará más profundidad como persona, y nos permitirá comprender y prever muchas situaciones.

La soledad goza de mala fama, pero si ha de ser nuestra compañera de viaje, quizás deberíamos empezar a pactar con ella, seguro que puede llegar a ser acogedora. Y además, más dolorosa debe de ser la sensación de no haber emprendido nunca la aventura.